

ACERCA DE LA DRAMATURGIA CONSIDERADA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

por Marco Antonio de la Parra

He llegado a muchos sitios sin saber cómo. No es este caso la excepción.

Mi relación con las Bellas Artes es un camino sinuoso, no sé cuán largo, por lo menos inquietante. Hoy sucedo en el sillón número 22 de la Academia de Bellas Artes a Pedro Morthéiru, director de teatro, uno de los pilares de la fundación del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, es decir, uno de los Padres de la Patria Teatral de Chile.

Hombre de aguzada sensibilidad, desde pequeño diestro en el uso de la sensibilidad y del lenguaje, estudió arquitectura pero terminó como hombre de teatro. Siempre fue un músico apasionado o un apasionado por la música, es de ese deslinde que más me gusta hablar. Obsesionado con el detalle y la luz, con la imagen y el gesto, creyó siempre en el texto teatral y descubrió el realismo hacia el final de su carrera con una fuerza arrolladora.

No es casual el tema de esta charla. Hizo teatro Pedro Morthéiru pero fue o pudo ser también, lo era, sin duda, músico y pintor. Hombre de las Bellas Artes. Palabras inquietantes. Lo de la belleza, lo del arte.

Quizás sea una redundancia. Lo es, de seguro, o quizás quiere acentuar lo accesorio de la belleza.

Quizás lo que no dice ese nombre sea lo que más nos preocupa. La verdad, esa palabra impronunciable, la muerte, que es su cara más oscura. La tesis de Pedro Morthéiru en la Escuela de Arquitectura fue sobre los cementerios. La muerte es teatral. Exige teatro. Es el final por esencia. Se le llama el último acto, produce una demanda de

sentido en los asistentes, un cierre lo más perfecto posible que cree o permite suponer algún lazo entre la vida y la ausencia.

Hay que irse, toda incorporación de alguna manera anuncia una despedida. Aquí estoy, recibí hace un año una llamada de Bernardo Trumper comunicándome mi nombramiento. Me conmovió. El no está. No pudo, tenía una memoria luminosa con la que no pudimos contar.

Ese es otro tema que me preocupa, la memoria. Quiero decir el tiempo, la lucha contra la fatalidad que sólo la permite el pulso dramático de esto que llamamos la vida.

La primera pieza teatral mía que vi montada profesionalmente la iluminó Bernardo Trumper. La primera luz que vi, digamos. La primera que vieron mis palabras.

Eso es una metáfora muy poderosa. Pedro Mortheiru fue hombre de luces sobre el cuerpo, de actores, de puesta física, de apuesta, de acontecimiento.

Yo vengo de un territorio mucho más dudoso, el de las palabras. Por eso esta charla.

Qué hace un dramaturgo entre los artistas bellos, los bellos artistas.

Solemos preguntárnoslos nosotros, los dramaturgos.

Yo vengo de las palabras. No sé por qué elegí escribir primero, y actuar después, entremedio.

Por qué este arte porfiado que es el teatro.

Nunca lo estudié, siempre me fue esquivo, si vino hacia mí fue sin darme cuenta, como un ritmo, una costumbre.

Yo quería ser novelista o médico. Esas son cosas que he querido ser. Nunca se es lo que se quiere. Se es lo que se puede, es decir, se es lo que se es.

No me llamó la Academia de Letras ni la de Medicina. Me llamó Bernardo Trumper. Trumper de la Academia de Bellas Artes.

No es falta de gratitud, por favor, es incapacidad para reconocermelo. Es que frente a las artes, las Bellas Artes, suelo perder un poco el sentido.

Digamos que la belleza me deja mudo. Si es arte, con mayor razón. Una mujer hermosa me deja mudo. Una pieza de arte me deja doblemente quieto, o sea, inquieto, arrasa con mi alma, no solamente con mi cuerpo.

Temprano amé las palabras. Dicen siempre que son traidoras, engañosas, díscolas. Yo me pregunto si algo no lo es en la experiencia humana.

Se dice que en el principio fue la palabra. Esa es una frase comprometedor para el dramaturgo. Pero significativa.

Yo creo que lo que quise ser de pequeño era mago. Usar el poder de las palabras.

Yo creo que los artistas son magos. Los músicos, los pintores. Trabajan con la materia hasta que deje de ser lo que era. Convierten la escalera en escultura. Abren un territorio nuevo en el espíritu. Convierten la mancha en ojo y el ruido en armonía. Convierten, y esta es su misión sobre la tierra, el silencio en algo audible, la ausencia en presencia, la muerte en vida.

Yo me enamoré muy niño de las palabras. Sentí su materia esquiva, su tozudez. Su fragancia a mentira. Venían a la boca primorosas, casquivanas y decían cosas que no eran. El ser les resultaba resbaloso. Siempre se iban crueles.

Aprendí a escuchar entonces el silencio. Le temí como al infierno, que es una forma de empezar a cultivarlo. Digamos que aprendí ese vicio terminal de leer en voz alta.

Ahí me perdí, encontré el gesto.

No lo sabía, pero convertí la palabra en material. Y eso me hizo artista. De las Bellas Artes.

Aquí me ha traído. Me perdí en ese camino entre la sensualidad y la conciencia entre un sentido primario y algo que estaba en el aire y no se decía.

Esto sucede antes de la filosofía, antes del pensamiento, antes de la idea. Está la forma. Pero ya no está vacía. No soy de los que corre tras el fondo. Digamos que lo considero un espejismo, como el argumento o la ideología.

Digamos que creo que llegué al teatro por desesperación, como a todo. Una desesperación tenue, la inmensa es un incendio, todos la hemos padecido, la calma no mueve a nadie. Sólo los desesperados se agitan, sólo la desesperación inventa lenguajes, sólo los desesperados pueden creer que algo merezca esta categoría de arte. Todo, con tal de librarse de esa desesperación. Hasta la misma belleza, por naturaleza desequilibrante.

Yo he escrito. Pero he escrito sin darme cuenta voces, voces que eran almas, almas que eran cuerpos. Sin quererlo tracé esa materialidad insolente de lo que llaman la escena.

Yo aún digo cuando no escribo: es que no veo todavía la obra. La veo primero de verdad, la escucho. Con los años sé que preciso el aislamiento y el silencio, perder un poco el juicio, ir más allá de lo que sé y de lo que pienso.

Aprender ancla, todo lo que descubro lo subo a mi embarcación. En realidad yo de pequeño quería ser marinero, pero era cobarde. Sigo siéndolo, de cuerpo un timorato.

Con la mente viajo mucho, en las palabras, en el navío inmenso del conocimiento. Un mástil, otro más, un palo de mesana, las velas, las corrientes marinas, la profundidad del océano.

Crear significa tener miedo.

Pienso en Pedro Morteiru cuando obliga a su escenógrafo a buscar un cierto tono verde muy preciso. Eso es propio de un desesperado. De un náufrago.

Los artistas son todos náufragos. Navegan en su taller, frente a su escritorio, son cabezas perdidas, seres discretamente extraviados. Vuelven medio ahogados, traen en su interior joyas preciosas.

El nombre, la firma, la biografía, las entrevistas, ese *bric-a-brac* de simulaciones, todo es un accidente.

Incluso si se trata de músicos o plásticos. También es un accidente. La escritura, en mi caso, es mi accidente.

Estoy hablando de otra cosa. El arte habla siempre de otra cosa. De lo que no tiene nombre.

El nombre termina con la cosa y deja que empiece el uso que es la muerte de la cosa pero el comienzo de otra.

Entre medio, en mi caso, las palabras.

Las palabras del dramaturgo que no son palabras corrientes de poeta ni de vendedor de melones ni de médico.

Son palabras con momento, con un gesto contenido. Yo creo que son oraciones. De orar, digo, no de la gramática.

La gramática es sólo cosa de aparejos, de tierra firme, artesanía. Es muy distinto en alta mar.

Toda la pericia puede hacer agua en la tormenta.

El dramaturgo escribe para ser pronunciado. El lector de teatro sabe que lo que lee debe ser oído.

Es una partitura. Extraña, porque se disfraza de lenguaje corriente, porque parece no tener muchas claves.

Esconde su materia que es el tiempo, el tiempo atravesando al hombre, la vida convertida en métrica.

Cada palabra de la obra traza un movimiento. Arte del movimiento, se cuelga de todas partes el teatro, del pulso, del latido, del instante, de la sombra, de la pausa, del contraste.

Nada que le sea artístico le es ajeno.

El teatro es un mensaje hacia los dioses.

Puede parecer una pirueta, una cosa de chiflados, una chirigota. Es un guiño a los espíritus. Siempre.

Qué ocurrencia. Una frase que deba decir un personaje y que no sólo diga lo que dice sino que lo diga a él también y al otro y además signifique un propósito oculto y se enrede con otra frase en un equilibrio inconcluso y teja motivos y urda una trama.

Artesanía hermosa que siempre quiere dejar escapar entre sus hebras el hálito del dios ausente. Cazarlo y perderlo.

Como todo artista, el dramaturgo cree que sabe lo que hace pero también sabe que no sabe lo que de verdad hace.

Cree que pinta, cree que baila, cree que canta. Se rompe en mil pedazos, esa es la verdad.

Deja de ser para ser otro.

Las palabras del dramaturgo no son palabras. O lo son más que nunca. Son cofres. Lámparas encantadas, refugios.

Las manchas del pintor, la piedra, no es materia. Es un accidente, ya lo he dicho. Lo que nos interesa es la composición.

La existencia en un mismo plano de tiempo de profundidad, de consonancia, de convergencia, la simultaneidad, el arte descarado del desenlace, el manejo de la energía.

Digámoslo sin pudor, la magia.

Tal como el pintor de tela nos confunde y hace pensar lo plano como tridimensional o el músico apela al pobre recurso físico de la vibración etérea para entrar en otra dimensión de la experiencia.

Esa es la carcajada final de Dios.

Me pasa también como psiquiatra. Detrás de los neurotransmisores se escapa el dolor del alma. Lo cazamos, por un tiempo, con las artes. Nos duele menos así, por un rato.

La vida duele menos en estado de gracia.

El beso de Dios es la belleza.

Ya se escapó, ya no está. Nunca nos sirve la memoria.

Hay que volver delante del cuadro, hay que volver a oír esa melodía en el instrumento para el que fue compuesta por un ejecutante que esté dispuesto a interpretar y abandonarse.

Toda obra de arte es abandono. Fuga, engaño. También confianza. Ciega.

El bello engaño a la realidad para encontrarse con la realidad.

No sirven los discos ni las grabaciones, no sirven los filmes de obras teatrales, no sirve ni siquiera el papel, ni la reproducción, solo el resultado, una faena brutal con la materia.

El dramaturgo es el más bastardo de los escritores.

Por eso nos expulsan de la literatura.

No nos bastan los libros. Queremos la vida plena.

Somos rústicos herreros, obreros, campesinos de un huerto alborotado. Nos gusta la palabra soez incluso, bien dicha sabemos que es hermosa.

Pero necesita carne y golpe y tiempo. Luz, necesita, a veces para huir de ella.

El teatro se ve y se oye.

A veces el dramaturgo debe recurrir a la narración para describir lo que quiere. Triste momento, los grandes no lo usan.

Escribe el dramaturgo, pero en verdad es un pintor medio ciego o un músico sordo.

El dramaturgo es un escritor torpe. El más torpe de todos los artistas.

Carece de gracia al subirse al escenario, es muy tímido cuando lee, no sabe bailar. Pero tiene la cabeza llena de fantasmas. Es una casa hechizada.

El dramaturgo es un sujeto insoportable. No sabe hilar conceptos, escucha gente conversando pero eso no le basta.

Mancha con las palabras y crea territorios interpuestos donde la acción despierta miedo o ansias o deseo.

Mueve el aire, mueve el alma.

Las palabras del dramaturgo invocan el peligro, son arte del riesgo, de la vida puesta en juego, toda escena es tela de juicio. ¿Es otra cosa la pintura? Tela de juicio. ¿La música? Me gusta que dependa al final de una membrana. El tímpano.

Confieso que no puedo dejar de asombrarme cada vez más con el paso del tiempo. Esa es la enfermedad del arte, convierte lo casual en premonitorio, hace de cada cadencia una danza, obliga a una inquietud permanente. No se puede vivir tranquilo con el arte en el cuerpo. Digamos que el arte es la intranquilidad misma.

No se duerme tranquilo después de Shakespeare o del chelo. No se puede volver a ser el mismo si somos serios. Para seguir viviendo tenemos que dejar de serlo. La frivolidad viene en nuestra ayuda. La fama, el prestigio, los premios, los nombramientos, el juego del poder, la política, los análisis críticos.

El arte es otra cosa. Ya lo dije. Es inquietante. Todo relato de su rostro es falso. Y es al mismo tiempo cierto.

Eso me gusta del arte. Es al mismo tiempo, mentira y verdad. Alguna vez actué y sé de lo que les hablo. Bella embriaguez. No soy el que soy y soy también. Quien escribe por mí.

A eso llamo perderse. Para saber más, lo que significará siempre saber menos. Más inquieto, hasta el silencio final, la soledad que debe ser feroz, la esperanza que quema la piel, la inocencia del sabio.

La escritura, toda escritura, no es más que mutilación, síntesis tartamuda, abreviatura, angustia ante la multitud de las palabras de la volatilización de la conciencia.

La vida no hace más que escaparse, la vivencia de la muerte nos transforma el tiempo en una metáfora del mal. Todo es muerte, todo es vida, de pronto la pausa en la escena y estamos a salvo o creemos estarlo, durante un instante el tiempo parece correr delante de nosotros de manera cuantificable, la ilusión del final, de la unidad, el alivio de los armónicos, la posibilidad de que todo tenga una estructura reproducible.

Dios se escapa. Nos quiere de rodillas, bobos al fin, devotos, idiotas, desposeídos. El arte es una continua derrota.

Por eso la tragedia es un arte mayor de épocas mayores, sólo para mayores. Público mayor, intérpretes mayores. Dios nos quiere descabezados. Sólo entonces vendrá, cuando hayamos perdido la razón que no tiene nada que ver con el arte. Los artistas se equilibran en el abismo, quieren estar vivos y muertos, quieren ver a Dios y quedar incólumes, quieren estar de ambos lados de la puerta. Presuntuosos, iluminados, esclavos de una conciencia que no cesa.

Agotados, corremos detrás de la técnica, de la escritura fina, a ver si nos escapamos de la certeza final. Veremos a Dios pero estaremos muertos. Entenderemos todo pero no será con esta cabeza.

Frágiles, precarios, nuestras cabriolas de repente nos permiten huir de este designio. Por eso a los artistas la religión (o la política o el mercado, sus versiones degradadas) o los contrata o los persigue. Los tiempos actuales, que de lo sagrado nada entienden, son indiferentes al arte. Han descubierto el amable camino de la necesidad.

Como el santo se queda callado, creen que basta con callar para saber lo que sabe el santo. Como el santo se comporta como un estúpido creen que la estupidez es el camino de la santidad.

Creen que basta con ser bello para ser artista. Los artistas, de lo primero que deben enterarse es de la fealdad.

Solemos ser feos los artistas. Trabajamos con lo más feo del hombre. Somos basureros del alma. Lo que pasa es que sabemos que en esa basura se han arrojado preciosuras.

El ser humano expelle lo mejor de sí en cada autoengaño. Vivir es traicionarnos.

En cuanto pronunciamos el nombre de Dios, Dios desaparece. Decimos que amamos y ya no estamos muy seguros. Al mismo tiempo lo creemos. Todo es ser y dejar de ser, vaivén, mareo, como quieren que no piense en un mar crispado.

El dramaturgo no escribe, oye y habla, la palabra es su tierra tosca, su arcilla de color, su cuero tensado, la víscera seca al sol, la crin. No tiene sitio entre los artistas verdaderos porque ha salido demasiado con los literatos. Anda, como un vago, esperando un hueco en la mesa. Los novelistas lo miran con desprecio, no sabe construir vastas arquitecturas, sus personajes a veces solamente mueren, en la primera escena emiten un monólogo y lo dicen todo. No necesito tantas páginas, dice el dramaturgo, este es mi libro pero no es lo que yo hago. Necesito espacio, dice, aire, espectadores, necesito cuerpos y mentes abiertas, necesito tiempo. Estas palabras deben ser dichas. Son presencias. Lo toman por un espiritista.

El dramaturgo no puede explicarse, no se basta a sí mismo. Necesita la *troupe*, el grupo, anda con su texto insuficiente. De pronto encuentra a unos actores. Son sujetos de mala catadura, están trabajando en otra cosa, los toma por lecheros, amanece. Lo leen y saben si es bueno o es

malo, quiere decir si respira peligro, palabras que sudan, personajes que se quedan pegados. Este sí que vio el otro lado. Se juntan.

El dramaturgo es sólo un pedazo de un gesto artístico complejo. Los teatristas son fragmentos. Se juntan de vez en cuando. El autor siempre es un autor muerto o, con suerte, un autor extranjero. Yo le encuentro razón a los directores de escena cuando me expulsan del ensayo. Yo no tengo nada que hacer ahí. Está mi texto. O cree en él o no cree. Quién soy yo para saber lo que he escrito.

Toda puesta en escena no es más que una adaptación. Toda obra de arte no es nada más que una adaptación. Una aproximación a un paisaje que ya está diluyéndose en el recuerdo. No hay caso. Mi escritura no es más que retazos. Tengo dudas de todo lo dicho. Bocanadas de ahogado. Ya di esa imagen. Floto llevado por las corrientes. Por cierto tiempo me arrimo a una costa más o menos civilizada. Vuelvo al mar en cuanto se descuidan. Salgo de noche. Me pregunto cada mañana por qué no me quedo en tierra firme, donde todo parece ya dicho. Me puedo pasar la vida contando un viaje que hice, cómo salí del vientre de la ballena. Dale con meterse entre las olas otra vez. Me recogen medio ahogado. Los pulmones llenos de agua. Hay ocasiones en que quedé encallado en una isla que no era la mía, traté de tomar las costumbres de sus habitantes, fui diplomático, correcto, funcionario, he sido tantas cosas. Reconozco mi tierra como la medicina y mi océano como el arte. Con frecuencia me dejo llevar por una pintura o por una canción. Y comienza todo. Una frase de un poeta, la crueldad de una película de esas que disfrazan la obra de producto e igual se les nota el talento. En estos últimos tiempos me dedico a mirar retratos. Fotografías, óleos. Me quedo pensando en esa mirada, la del modelo, la del artista, la mía. La retina, biológica como el tímpano. Detrás de mí andan los científicos persiguiendo la materia pero ya es tarde. Como un traje abandonado, el alma ya se ha ido. Rastrean despojos, donde termina la materia, empieza el arte, en el segundo en que el alma deja de ser.

Todo en el ser humano es tardío. Saber, por ejemplo. Poder hablar. Oír, entender, siempre después. Al final de la batalla comprendemos por dónde entró el enemigo. Pero ya hemos sido vencidos.

Ir más allá de la muerte. Eso es saber, eso es hablar, eso son las palabras. La vejez se convierte en el padre de todas las artes. Los artistas son tempranamente viejos. Viejos del alma, que es lo que más cuesta. Benditos los que mantienen cuerpos jóvenes y envejecen de la mente. Conocedores, saben antes de aprender. Hay que saber antes de aprender. Adivinar, intuir, perspicaces. Ir más allá de todo límite. Sujetos peligrosos, además de viejos, herejes, piratas, heterodoxos.

Cosa rara, al final resulta que solamente quisimos ser devotos y por eso blasfemábamos en plena ceremonia. Odian las ceremonias los artistas y lo único que hacen es visitar los viejos ritos.

Con el tiempo me he ido volviendo terriblemente disciplinado. Sobre todo ahora que todo se vuelve rápidamente obsoleto y lo nuevo se canoniza por la mañana y se desecha por la tarde.

Es que el placer del desorden llama a la disciplina. Tensa el alma como una cuerda, busca el tono de la voz, de la imaginación, convierte el cuerpo en alma como Alguien convirtió su sangre en vino.

El arte me ha hecho envejecer, he envejecido por placer, alegremente, antes que mi cuerpo, voy hacia la muerte, voy hacia el final del túnel, tal vez esta vez Lo vea, al comienzo pronuncié Su nombre tantas veces, lo llamé por la oración, por el pecado, hoy no respondo de mis actos, sólo tengo mi lenguaje, esta pobre alforja.

Toda la riqueza obtenida me ha empobrecido, sólo el silencio más leal me permite oír, el amor, claro, la familia, los hijos, una amistad que parece llevar años, la ilusión de eternidad de una conversación sin destino.

Yo también, Pedro Morthairu, me he ido aproximando al realismo. Es otro realismo, el mío. Pero es también el tuyo. Ocupo el lugar de un muerto, de un maestro fallecido. No hay gesto más hermoso, reemplazo un guerrero, un creyente, un viajero, tomo su lugar, su fuerza, me arranco mi nombre como una piel prestada.

Soy académico de número, debería tomar otro nombre, esto debería ser un bautizo, recibir el nombre del padre del padre de un padre de la patria, la patria siempre salvaje del arte, tan promiscua, a veces desolada.

Aquí estoy, compañero de pintores de manos sucias, de escultores con máscaras de plomero y guantes de artesano, subidos en andamios, con el pelo hediondo a aguarrás o a trementina, músicos cansados con el esfuerzo del brazo o los dedos o la boca fruncida o la laringe, el cuerpo exhausto pero aliviado de la bailarina. Me gusta pensar en el arte como un esfuerzo del cuerpo.

El dramaturgo es el más perezoso de los artistas, no se mueve de su sitio, puede escribir de lejos, es el último en embarcarse, siempre, y después quiere ser el primero, es el hermano menor de todas las academias, trabaja agotado sobre el material imaginario del lenguaje.

Yo veo mis obras, lo dije, digo siempre: las dibujo. La escritura teatral es para mí una transacción temporal, un envoltorio que al final se vuelve material, textura.

No debería escribir, debería arrojarme sobre el escenario y desaparecer. Todo arte es desaparición. Se deja de ser para ser otro.

En un principio éramos pocos y divinos. Tal vez uno, o tres, quizás, poquísimos. Nos multiplicamos en mortales y finitos. Si hay Dios éramos ángeles, si hay Evolución, el hombre del futuro conseguirá ser eterno y se quedará detenido en un último gesto, como una estatua, como una pintura, como una obra de arte.

Qué dolor vivir cuando se ha escrito. Cuando nos reunimos los artistas hay siempre un equívoco profundo. Nuestros cuerpos, la calma, la barriga, el tamaño, son meramente peripecias. Por instantes sabemos algo a lo que nadie tiene acceso. No hay ninguna diferencia entre volverse loco, enamorarse, ver a Dios o crear. Tal vez sólo esa maldita conciencia que lo estropea todo.

Sólo somos realmente humanos cuando dormimos. Nuestros sueños siguen siendo el último regalo de los dioses. Lo único lamentable es tener que confiar en el relato de una persona despierta. Abrimos los ojos y sentimos la amnesia. Fuimos, vimos, vivimos, supimos. Mi obra es la huella de un viaje que he olvidado. No todo el mundo nos cree. Es lógico. Quién quiere realmente escuchar el relato de un naufrago. Sobre todo cuando todo el mundo se esta hundiendo y hay que disimular como si estuviéramos zarpando.

No entendemos nuestros propios sueños como no entendemos nuestras propias obras. Composiciones azarosas, toda estructura es un acto desesperado para retener el horror de lo inabarcable, toda filosofía se detiene frente a su extinción latente. Ya no sé lo que digo. Si soy serio debería callar, ya es hora. Saber es herirnos, aprender es herirnos, abrir heridas nobles, dejar correr la sangre del público.

El título de esta conferencia lo parafraseé de un libro de Thomas de Quincey, DEL ASESINATO CONSIDERADO COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES. El teatro es la escena del crimen. Es un crimen la creación, siempre, un ataque por la espalda. Sólo el error engendra la belleza, un error nuevo que nos visita desde la muerte. La razón siempre se equivoca. En ese minuto nos permite recoger briznas de cielo. Bello error, la herida nos cura: cirugía.

Gracias por venir, les debo tanto, espero que estas palabras me hayan permitido hacerles sentirse algo más que una máquina bastante precisa. La verdad, me conmuevo frente al arte, se parece al amor loco, duele, fugaz, artera mezcla de traición permanente y lealtad férrea.

Pudieron tener algo mejor que hacer. Vinieron a oírme hablar de esto. Frente al silencio de Dios hasta el más digno de los pontífices no es más que un payaso. Y como el circo es la vida, el teatro es un circo sagrado, es el circo amoroso, el circo donde la muerte deja de ser guadaña y trabaja con la pausa y el sonido, el silencio y el ruido, la quietud y el movimiento, la luz y la oscuridad, ese punteo de la desesperada inasibilidad de la vida.

Una vez una mujer que me acompaña casi murió, fue un instante tan breve, y supimos que la vida sería así, evanescente. Tanta palabra para nada ¿A qué vienen los alumnos, el público? Para creer que algo permanece está la TV, iglesia electrónica, arte de tiempos venideros, podrían escuchar su sermón subliminal.

No se preocupen por mí, hermanos de Academia, vengo a hacer crujir este país con la belleza, no trepidaré hasta conseguirlo. Soy el hermano recién nacido de una familia larga, me siento en la punta de la mesa, dejo de ser yo como Pedro Morthairu lo hizo, alegre, agitándonos, conteniendo el aire, sobreviviendo.

Tal vez alguien me salve. Tal vez yo tenga que salvar a alguien. El arte verdadero es una salvación.

Ayúdenme solamente a limpiar mi espíritu para entender, qué palabra tan tonta, recibir, mejor dicho, la obra de otro, siempre un préstamo de un Cielo irrepresentable.

El arte es una desgracia, la más bella de todas, la condición humana a ultranza, sólo comparable al amor, tan difícil, o a la esperanza, tan escasa.

Yo trabajo con las palabras. Pero son sólo mi herramienta. Mi terreno es la mente, ahí, donde sucede al final todo, donde encuentro estas frases, la emoción, el sonido feble de pasos que se alejan.

Y que sigo. Esperando saber lo que, infame, no podré revelar del todo.
Sin saber si he de volver ni lo que he de encontrar.
Muchas gracias. Por confiar en mí, sobre todo.